

Reflexiones desde el libro de Alfonso de Toro, *Borges Infinito. Borges Virtual. Pensamiento y Saber de los Siglos XX y XXI* (Alemania, Georg Olms Verlag, 2008)

BORGES REVISITADO

Javier Pinedo

Tal vez lo que mejor caracterice el libro de Alfonso de Toro, sea el entusiasmo con que analiza y rescata a Borges, recurriendo a un enorme instrumental científico, el que no se impone sino que, por el contrario, se llega a él desde la propia obra de Borges.

El profesor de Toro ha invertido mucho tiempo y reflexión en los temas del texto que comentamos, por lo que en los últimos dos años ha publicado, como editor o autor individual, cuatro libros centrados en definir la postmodernidad y la postcolonialidad, y en su aplicación a obras de ficción¹.

Al revisar estos libros se verá que se constituyen en un número de cuestiones que giran en torno a la literatura latinoamericana, a la

JAVIER PINEDO. Doctor en Literatura, Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Profesor investigador del Instituto de Estudios Humanísticos de la Universidad de Talca. Ha publicado libros y artículos sobre Historia de las ideas en Chile y América Latina. jpinedo@utalca.cl.

¹ Alfonso de Toro (ed.), *Jorge Luis Borges: Ciencia y filosofía* (Alemania, Georg Olms Verlag, 2007); *Cartografías y estrategias de la "postmodernidad" y la "postcolonialidad" en Latinoamérica. "Hibridez" y "globalización"* (Madrid, Iberoamericana, 2006); *Expresiones liminares en la narrativa latinoamericana del Siglo XX. Estrategias postmodernas y postcoloniales* (Alemania, Georg Olms Verlag, 2007). Y el que comentamos, Alfonso de Toro, *Borges infinito. Borges virtual. Pensamiento y saber de los Siglos XX y XXI* (Alemania, Georg Olms Verlag, 2008).

función de la cultura en las regiones periféricas, a la filosofía de los últimos años, a los rasgos del pensamiento postmoderno y postcolonial, a la globalización y su influencia en la interculturalidad, utilizando los conceptos de cartografía cultural, estrategia discursiva, mapa, hibridez, transversalidad, microhistoria, testimonio, rizoma, y otros. Es decir, son textos en los que se establece una estrecha relación entre literatura y pensamiento, en la creencia que la literatura forma parte de un circuito más amplio constituido por redes culturales y sociales que se imbrican.

Alfonso de Toro, más que aportar una nueva mirada sobre el autor argentino, intenta establecer “el placer de descubrir, de entender a Borges”, aunque con un gran respaldo teórico epistemológico, para probar la tesis de Borges como el latinoamericano más universal y el que más ha influido en el pensamiento de los años 80 y 90, en tanto que iniciador del postmodernismo.

El libro de Alfonso de Toro es amplio en los temas que abarca. Personalmente, me interesó la imagen de Borges como iniciador de la postmodernidad y de la postcolonialidad; su concepción de la historiografía y el Borges creador de los medios virtuales y de la teoría de los muchos mundos. Me referiré brevemente a cada uno de estos temas, en forma analítica y crítica.

Borges pensador

Alfonso de Toro afirma: “Borges es un escritor, un pensador, un ensayista...”, con lo cual abre una nueva dimensión de lectura que observa las meditaciones de este autor sobre el tiempo, la escritura, la realidad de la vida humana, las posibilidades de conocer el mundo, el rol de la literatura, la divinidad y otros similares. Un autor que concibe la literatura como una interpretación de la realidad y no sólo de su descripción.

La figura del pensador es tan amplia que, por supuesto, Borges cabe en ella y puede ser considerado como tal, en la medida, además, que en América Latina la literatura, muchas veces, reemplazó el espacio de una filosofía ausente; pues aquí se ha reflexionado desde la novela, el cuento y el ensayo, y en este sentido Borges no es un caso aislado. Aunque Borges no es un pensador en el sentido clásico (ni moderno)

del intelectual que imagina proyectos de país, que luego ofrece a la comunidad. Tampoco lo es como Hanna Arendt, Jean-Paul Sartre, Noam Chomsky o Edward Said. Ni siquiera como Theodor Adorno, que tantas cavilaciones realizó sobre la estética, la literatura y la moral; pues aunque Borges es un escritor muy cerebral y extremadamente inteligente, casi no analiza contingentemente la propia realidad, ni toma partido en las disputas sociales, ni conceptualiza. La gran diferencia es que Borges nos habla desde una dimensión más profunda, más poética, más aún que la de Octavio Paz, que podría corresponder a un modelo similar.

Con todo, aunque Borges no ha sido considerado como un par por los pensadores latinoamericanos (Zea, Roig, Ardao), sí está incluido en las antologías sobre el ensayismo latinoamericano, como en el libro clásico de John Skirius, o en artículos de reciente publicación dedicados a exponer su pensamiento².

La postmodernidad como balance

El profesor de Toro señala que Borges es “uno de los grandes pensadores del siglo XX”, y particularmente como precursor de la postmodernidad. Así, aunque se trata de un texto sobre un autor en particular, Borges, al mismo tiempo contiene los conflictos de los últimos treinta años, reflejados en su literatura. En ocasiones su entusiasmo por el argentino es absoluto: “Borges fue el autor del siglo” (...) “Ningún autor, filósofo o científico ha escapado de su mágica influencia. Numerosas y centrales teorías literarias, filosóficas, mediales o físicas fueron pensadas o formuladas antes por Borges”.

Alfonso de Toro muestra las diferencias y semejanzas de los diversos autores de la escuela postmoderna a partir de la exposición minuciosa de las obras de Baudrillard, Foucault, Derridá, Deleuze, Guattari, Vattimo; así como sus antecedentes en Rabelais, Cervantes, Sterne, Baudelaire, Artaud, Joyce, Beckett, Robbe-Grillet, y otros, que prepararon el arribo de esa escuela de pensamiento.

Lytard percibió tempranamente un cambio en la educación a partir de la acumulación del saber, el que se encontraba a disposición

² Véase Liliana Weinberg, “Borges y Martínez Estrada: Diferencias y semejanzas” (México: Cuadernos americanos, UNAM, N° 129, julio-sept., 2009).

reproductiva de los usuarios como nunca antes en la historia: una ilustración que por acopio desmesurado se licuaba, fue lo que denominó como condición postmoderna. Lo que me parece menos verdadero es la idea de Lyotard de que la crisis de los grandes relatos ha dejado a la persona sin historias comunes.

Personalmente, incluso durante la mayor vigencia del postmodernismo, en los años 80, nunca estuve demasiado cautivado por ese pensamiento. Me parecía que, aunque era posible percibir que ciertos valores de la vieja modernidad ilustrada habían decaído en su vigencia, darla por concluida, y sobre todo desde el continente latinoamericano, tenía la crueldad de sentirse invitado a una fiesta cuando está concluyendo.

Por otro lado, hemos escuchado ya tantas veces, con tono apocalíptico, que la novela ha muerto, que la política ha llegado al final, que tal o cual sujeto o discurso ha desaparecido en las bodegas de la historia, que nos hemos vuelto escépticos a ese escepticismo, pues inesperadamente aparece un novelista genial que nos vuelve a encantar, o un acuerdo político que alegra a todos. Opiniones como esta: “El simulacro no es lo que oculta la verdad. Es la verdad la que oculta que no hay verdad. El simulacro es verdadero”, leída desde la reciente historia chilena puede tener algo de inmoral.

No, nosotros vivíamos en un continente de verdades “fuertes”, con problemas y soluciones necesariamente sólidas, y me informé con asombro de la conferencia que dictó Jean Baudrillard a comienzos de los años 90 en la Universidad de Yale (foco de la postmodernidad y en parte de los Estudios culturales en los Estados Unidos), y por la que cobró cien mil dólares muy reales, para exponer sus comentarios al proyecto de la Biosfera 2.

Repito, me costó creer en el fin del arte, de la historia (a la que Baudrillard por lo demás se opuso con un texto más bien periodístico, *La ilusión del fin*, de 1992), del sujeto y de las ideologías, en el fin de los conflictos y de las crisis, de las nacionalidades, o de los Estados, y que el pensamiento, a partir de ahora, había que buscarlo en un museo, en medio de un bostezo filosófico. Son expresiones de la época, que dan cuenta de esa sensación de sospecha radical que llevó a premisas exageradas como suponer que la guerra de Irak (por virtual) nunca existió.

En este contexto, o poco antes, la recepción de Borges por parte del pensamiento francés y más específicamente por Foucault en *Les*

mots et les choses (1966), lo transformó en un latinoamericano muy leído, lo que de Toro prueba en detalles. Un reconocimiento que comienza, creo, con el viaje de Roger Caillois a Buenos Aires en 1939: “Borges vaut bien la peine le voyage”, y su descubrimiento de la literatura latinoamericana y que continuará hasta su favorable opinión en *Le Monde*, justo un año antes del libro de Foucault, en 1965: “La literatura latinoamericana será la gran literatura del mañana (...) De ella surgirán las obras maestras que todos esperamos”³.

Me parece fundamental destacar, como una manera de comprender mejor las premisas intelectuales y políticas a fines del siglo XX, que Foucault en el libro mencionado, basa sus reflexiones sobre el cambio del conocimiento humano en tres autores hispánicos: Borges, Cervantes y Velásquez; tres autores pertenecientes a la llamada “modernidad barroca”, lo que nos hace pensar en cierta recuperación de aquel modelo perdedor (el barroco, católico, aristocrático-popular) en un momento, a fines del siglo XX, de debilitamiento de la modernidad ilustrada. Es un tema en el que no puedo detenerme, pero cuyo contexto me parece fundamental para la comprensión de Borges y su relación con la postmodernidad y es en este contexto (no moderno o antimoderno) donde Borges y Kafka, por ejemplo, se encuentran en profundidad.

En este sentido se podría establecer que Borges representa un paso adelante para sus lectores europeos, pues resulta más postmoderno que ellos mismos. Algo que talvez no sea exclusivo de este autor, pues si América Latina tuvo un siglo XX reconocidamente negativo en términos económicos y políticos, fue en su producción artística donde se fortalece y supera incluso las producciones de países desarrollados, como si la imaginación latinoamericana se desbordara más allá de cualquier límite ideológico o estético moderno.

Me sucedió algo similar con la lectura de la novela de Bolaño, *2666*, en el capítulo (“La parte de los crímenes”) que se representa las muertes de mujeres en Ciudad Juárez, novelada como Santa Teresa, y que ha sido descrita como un “punto ciego” del universo, por Christopher Domínguez. Es decir, la ausencia absoluta de los códigos (morales) de la modernidad ilustrada. Me pareció que ante esa crueldad, las teorías psicológicas de Freud se volvían débiles, en un mundo de una

³ Cito por Roberto Fernández Retamar, “Intercomunicación y Nueva Literatura”, en César Fernández Moreno, *América Latina en su Literatura* (México, Siglo XXI, 1972, p. 325).

maldad sin conciencia ni psicología. ¿Qué psicoanálisis aplicar a hombres que riéndose entre ellos despedazan a mujeres indefensas antes de darles muerte? ¿Qué códigos aplicar para analizar la vida en las cárceles latinoamericanas y la imposibilidad absoluta de justicia que se muestra en esa novela?

El psicoanálisis queda corto, igual sucede con el racionalismo, o incluso las teorías de la postcolonialidad, pensamientos contruidos para otras conciencias y otras culturas. Si en el pasado pensábamos que éramos diferentes por superiores, Vasconcelos y *La raza cósmica* (1925), por ejemplo, ahora Bolaño nos dice que somos diferentes, pero por radicalmente inferiores. Es una idea que hay que desarrollar. Como hay que desarrollar la relación de los escritores post *boom* con Borges, como sucede en el relato “El gaucho insufrible” (2003), del mismo Bolaño, en el que se desacraliza al escritor de “El sur”, paradójicamente, por excesivamente europeo.

Sí, uno podría decir que existe un punto común fuerte entre Borges y la postmodernidad, pero a mí me sigue pareciendo que Borges se ubica en un espacio más original, más amplio, estética y filosóficamente, y más original y profundo que los franceses. El asombro de Borges es mayor. Lo mismo que su densidad. También su rabia por pertenecer a un mundo marcado por la naturaleza y la ausencia del espíritu, que lo castiga (y al que castiga), negándole día a día las razones de la universalidad.

En este sentido, podríamos pensar que Borges aparece más postmoderno que los postmodernos, quienes hablan desde un espacio fuertemente enraizado en la modernidad. ¿Hay algo más lógico y racional que el idioma francés?

Sigo creyendo que aunque la postmodernidad no es aplicable a todas las regiones culturales del planeta, tuvo muchos adeptos, y por razones no fáciles de establecer, en países como Francia (más que en Alemania, por ejemplo) y Argentina (más que en el resto de América Latina), algo en los Estados Unidos y poco más. Por eso es interesante destacar la aparición —con anterioridad— de Borges en la periferia latinoamericana, y desde un espacio cultural como el argentino, sin la tradición de la modernidad, ni la rigurosa lógica cartesiana.

Los franceses hablan en contra de la modernidad, Borges desde esa ausencia. Su espacio contiene los símbolos de una cultura universal, que lo transforma en un erudito en el vacío. En el habitante de una

biblioteca que flota en la nada. El usuario de un saber acumulado por siglos, pero sin aplicación en la realidad. Borges, el ciego, vive en la oscuridad de un marginado eterno, por lo que su situación es más desesperada, me parece a mí, que la de Lyotard, Foucault, Baudrillard y los demás.

En la postmodernidad francesa, casi no hay drama. En Borges, el drama de la ausencia moderna impregna la totalidad de su obra. Donde Foucault establece una arqueología, Borges inventa mundos en enciclopedias inexistentes y comentarios de libros imaginarios; pues para el argentino ya todo está escrito, pero en códigos que no calzan con sus circunstancias.

Uno de sus aportes principales es su idea que la literatura no refleja el mundo, como el espejo que se pasea por el camino de Stendhal, sino simplemente un objeto nuevo, agregado a la realidad, como lo muestra uno de sus textos más representativos, “Una rosa amarilla” (*El hacedor*, 1960), en el que Giambattista Marino, poco antes de morir percibe que los libros de su biblioteca no “eran (como su vanidad soñó) un espejo del mundo, sino una cosa más agregada al mundo”. Esta perspectiva le permitió la mayor libertad para negarse a relacionar su obra con la realidad. La literatura vale para sí misma. Pero también le permitió el mayor sacrificio literario: usar la página para decir que no hay nada que decir, y que la literatura no es una prolongación del mundo, sino un objeto artificial que lo aumenta.

La postmodernidad pasó dejando la sensación de un síntoma de escepticismo sobre la situación de una determinada sociedad, la occidental desarrollada, en películas como *Blade runner*, *Matrix*, y en el peor de los casos a débiles análisis ideológicos del complejo mundo postindustrial como en los libros de Gilles Lipovestki y Tony Negri. Una especie de “cambalache”, prêt-à-porter, pues finalmente la propia deconstrucción afectó a los propios deconstructores. Y de la cual, por cierto, Borges está ajeno.

De la postmodernidad a la postcolonialidad

El mismo detalle investigativo encontramos en otro de los capítulos centrales del libro de Alfonso de Toro, en el que busca la presencia de la postcolonialidad, la que define como “una actitud intelectual,

social y cultural pluralista e internacionalista dialoguizante entre la periferia y el centro y que supera este tipo de dicotomías”, y que de nuevo le permite a de Toro mostrar una importante información a partir de los textos de Edward Said, Homi Bhabha, Gayatri Spivak, Martín Barbero, entre otros, para establecer los contactos entre la situación cultural de los países recientemente independizados con los de América Latina.

El postcolonialismo, la postmodernidad y los estudios culturales, que se desarrollaron más o menos cercanos en el tiempo, y que se unifican en sus críticas a la modernidad, fueron discursos que tuvieron la virtud de darles nuevas esperanzas a las ciencias humanas, en un momento de poco crédito académico, al redefinir el rol de los intelectuales y los críticos literarios, como en el análisis de nuevos sujetos periféricos, la globalización y fenómenos sociales recientes como la llegada masiva de inmigrantes a Europa y Estados Unidos, que ponían de manifiesto cierta crisis en el modelo occidental.

Muchos de sus conceptos utilizados: periferia, globalización, crisis de la modernidad, nuevos sujetos, han sido usados de manera diversa por los distintos sectores que constituyen estas escuelas, aunque mantienen la opinión de que la modernidad, surgida de la racionalidad europea, incluye conceptos como democracia, razón, derechos humanos y ciudadanía; aunque también dominación y desprecio por el otro. Lo que nos conduce, de nuevo, pero en una esfera diferente, a la relación entre la modernidad ilustrada, la barroca latinoamericana, y la realidad de culturas e historias como la india o la del mundo árabe en general, que no participaron ni de una, ni de otra.

Por supuesto Borges reconoce las diferencias entre los países periféricos y los desarrollados, por ejemplo, al señalar que el Estado en América Latina es una institución frágil y débil, mientras que para Hegel (un alto representante de la Ilustración a través del concepto “bewusst”), el Estado es lo único sólido que existe en la sociedad humana.

Borges establece dos maneras en las que se enfrenta un filósofo alemán y un escritor latinoamericano. Dos maneras opuestas de comprender la realidad social: “El argentino, a diferencia de los americanos del Norte y de casi todos los europeos, no se identifica con el Estado. Ello puede atribuirse a la circunstancia de que, en este país, los gobiernos suelen ser pésimos o al hecho general de que el Estado es una

inconcebible abstracción; lo cierto es que el argentino es un individuo, no un ciudadano. Hegel diciendo: ‘El Estado es la realidad de la idea moral’ le parecen bromas siniestras”⁴.

Borges y la historiografía

Alfonso de Toro analiza la relación de Borges con el registro de los hechos de la historia humana, es decir con la historiografía, intentando probar que Borges posee una concepción de ésta, que superando todo positivismo, la niega como fuente de objetividad y verdad. Las referencias son los textos de Le Goff, Hayden White y algunos otros que coinciden en algo en que estamos de acuerdo: que la historia es susceptible de ser manipulada por motivos ideológicos y que el historiador se puede dejar llevar más por sus preferencias que por los hechos. Sin embargo, puede parecer extremo señalar que no es posible distinguir entre una novela y un texto historiográfico, por recurrir ambas a técnicas narrativas similares (el *plot* y cierta disposición de textual), lo que no los iguala completamente. Muchas novelas pueden contribuir a reconstruir la historia, pero no al revés.

Por cierto, Borges no es un historiador ni actúa como tal, simplemente opina sobre la manera cómo se ha escrito alguna historia en particular, Gibbon, por ejemplo, el que le parece más un “imaginador” del Imperio Romano, lo que es bastante cierto. Un debate, como se sabe, que tiene su origen en Aristóteles, cuando señaló las diferencias de narrar entre lo que sucedió y lo que pudo haber sucedido.

Nadie asegura que un texto historiográfico sea la verdad o se ajuste completamente a la verdad, pero su mirada es diferente a la ficción. Recurrir, como hace el autor del libro que comentamos, a las opiniones de Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Borges o Antonio Gala, que no ejercen el oficio de historiador, me parece que nos puede llevar al peligro de pensar, una vez más desde Barthes, que finalmente no hay hechos, sino interpretaciones y que finalmente la realidad, ni actual ni pasada, tenga realidad objetiva. Tampoco la posibilidad de contar lo que sucedió, lo cual puede conducirnos a perder la posibilidad del juicio moral. Además, no debemos olvidar que muchas opiniones de Borges constituyen ironías sobre la limitada condición humana, incluida la de

⁴ J. L. Borges: “Nuestro pobre individualismo”, 1946.

los historiadores, como cuando señala que “una vez estudiados en textos ingleses la historia de las guerras con Francia, reescribir esa historia, desde el punto de vista francés”. Esta opinión, hoy es casi una realidad: la historia del Perú contada por chilenos y viceversa, aunque en su momento pudo haberse leído como una típica *boutade* borgiana.

Un Borges virtual

Probablemente el capítulo que relaciona a Borges con la teoría de los mundos diversos y los medios virtuales de comunicación sea el más original. Alfonso de Toro establece el Aleph (un punto desde el cual es posible observar todas las dimensiones del universo) como la gran utopía del conocimiento, en base al análisis que realiza del *Libro de arena*, y que resume la estética y la filosofía del argentino, para quien en las múltiples dimensiones de la vida humana es posible actuar en condiciones opuestas, pues aquello que se deja de hacer, se realizaría en otro espacio, ya que “los términos de una serie infinita admiten cualquier número”. Esa concepción de lo múltiple, sus referencias a *Las mil y una noches*, como modelo literario universal, y a la biblioteca como símbolo de la condición humana, parecen estar sostenidas en las creencias más profundas de Borges, su escepticismo y su idealismo radical, sus dudas sobre la posibilidad de conocer, su misticismo agnóstico, si fuera posible algo como eso.

Alfonso de Toro buscó un sostén en la física postcuántica para analizar algunos postulados de Borges, en lo que se denomina “la existencia de universos paralelos”, abriendo nuevas interpretaciones y relaciones entre la literatura y las ciencias exactas, particularmente entre Borges y Hugh Everett.

La responsabilidad de Borges

Muchos han denunciado el fatalismo de un escritor que insiste en que ya todo está escrito, que niega la realidad, a través de una obra genial o de sus amargas ironías, como, por ejemplo, la voluntad de ser enterrado, casi como una venganza, fuera de su país. Por supuesto, sería injusto culparlo de los males que sufre la Argentina actual, pero sería ciego no ver que Borges tuvo ciertas responsabilidades en la

creación de un intelectual alejado de la realidad política; y sería interesante saber cuál es el aporte de Borges a la identidad argentina, para conocer la distancia que existe entre el hombre que está solo y espera (Scalabrini Ortiz) y el que sigue estando solo, pero que ya no espera nada.

Es decir, la función de Borges en la construcción de su país, y que podría llevarnos a pensar en cuál fue el tamaño de la esperanza (de la venganza) de Borges.

En fin de cuentas, se trata de un libro que analiza a un autor muy complejo y multifacético, marcado por la inteligencia y el sarcasmo, pero sobre todo, y simplemente, por la belleza de su literatura.

Hay algo de cierto y es que Borges se sigue leyendo, como si el tiempo no pudiera afectar su obra, lo que no es fácil de decir de otros autores del *boom*. □

Palabras clave: Jorge Luis Borges, literatura latinoamericana.